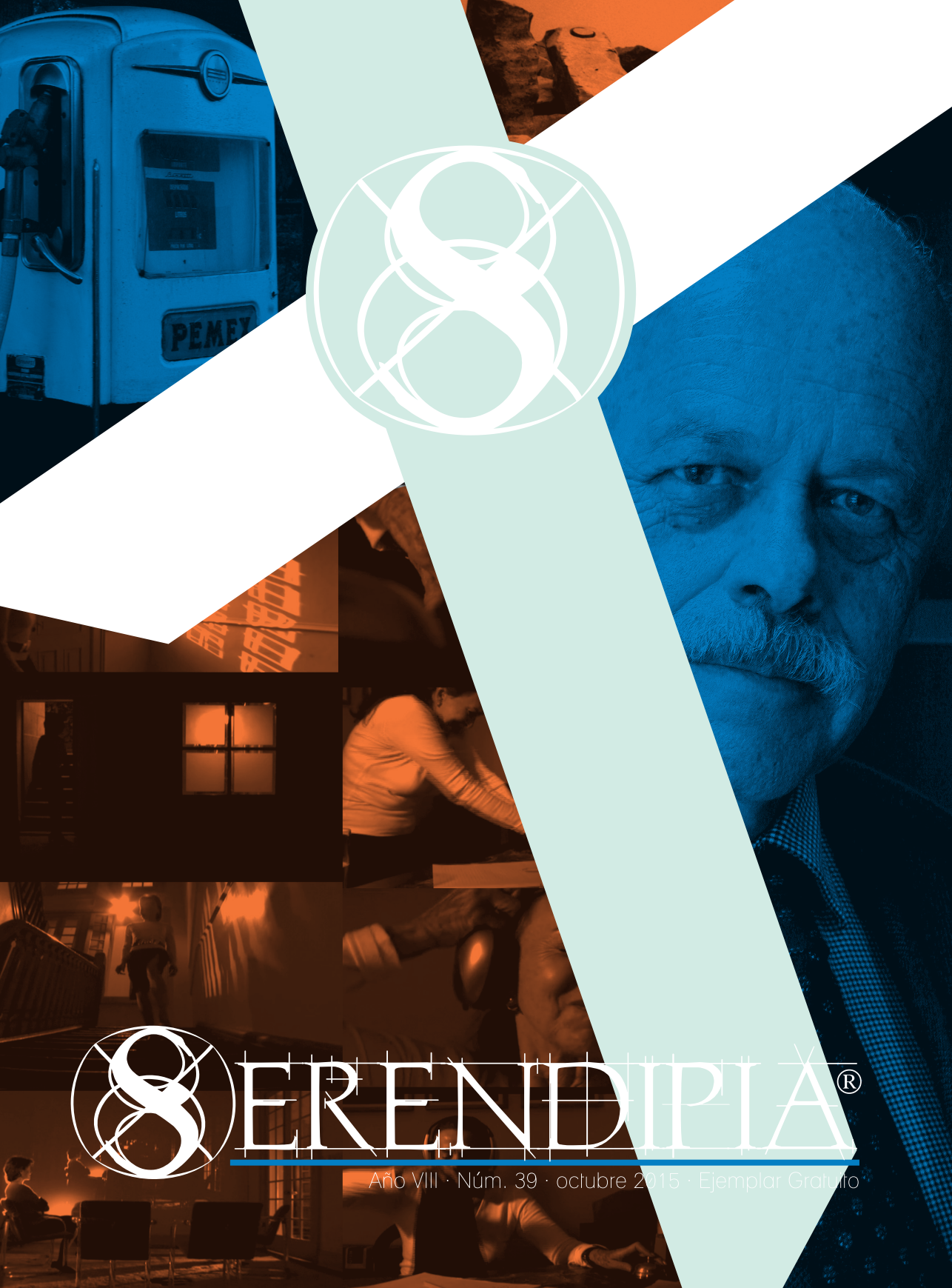

SERENDIPIA®

Año VIII · Núm. 39 · octubre 2015 · Ejemplar Gratuito

Cambio Climático, Hidrología y Sociedad

LA MEMORIA SOCIAL FRENTE AL CAMBIO CLIMÁTICO

Cuántas veces no hemos escuchado expresar a nuestros padres, vecinos o amigos: «cuando a mi abuela le dolían las rodillas, seguro llovería» o, bien, cuando las hormigas recolectaban súbitamente alimentos… era otro indicador empírico de que iba a llover. Las fluctuaciones globales del clima a través de la historia han sido explicadas, en parte, por impactos locales y sus relaciones con la sociedad, el ambiente y sus recursos naturales.

La etnoclimatología comprende un enfoque etnohistórico de las formas de cómo las etnias reaccionaban y relacionaban las fluctuaciones climáticas respondiendo al conocimiento empírico adquirido de las observaciones e indicadores naturales del medio que les rodeaba. Hay evidencias mundiales y continentales. A escala continental, las evidencias históricas reportan un remonte térmico a mediados del siglo XVII, producto de una fluctuación climática global. Por ejemplo, en México, la reducción de precipitaciones empequeñeció el lago de Pátzcuaro. En el Caribe y Sureste de Asia se registró un periodo de sequias en la década de 1790. Entre 1698 y 1791, en las pampas argentinas 67 % de los años fueron secos.

Un estudio de gran significancia en la época actual -en el contexto de la etnoclimatología-, llevado a cabo por Orlove, B. (Universidad de Berkley, EE.UU.), corresponde a la asociación de la claridad con la cual se observan las estrellas Pléyades -conjunto de estrellas jóvenes situadas a 440 años luz de la Tierra- y la producción de papa en la región andina. Los campesinos asociaban la claridad de las estrellas para pronosticar los años húmedos y secos, y así augurar una buena o mala cosecha. Además, Orlove encontró una conexión entre las fluctuaciones de la precipitación y la producción de papa con el fenómeno de El Niño. Desde el año 1600, los andinos cuentan con registros acerca de la luminosidad de las estrellas Pléyades. Popularmente decían que si el tamaño (brillantes) de las estrellas era grande: «este año tendremos un pleno»; por el contrario, si eran pequeñas, «será un año difícil».

Hay estudios que demuestran a partir de datos «proxy» (anillos de árboles, polen fósil, sedimentos oceánicos, coral, bloques de hielo), que abarcan un periodo de 700 años, revelan cuatro mega sequias en los últimos 1000 años. También, sabemos que en la actualidad la variabilidad climática es recurrente: en Inglaterra, el 2007 fue el año más caluroso desde 1659. La Organización Mundial Meteorológica reportó que 2011 fue el año más cálido desde que se inició la medición sistemática de la temperatura, en el año 1850.

Dr. Enrique González Sosa
Coordinador de la Maestría en Ciencias (Hidrología) de la Facultad de Ingeniería de la UAQ

egs@uaq.mx

Si fuera el caso que las sequias de la última década en Texas, Centro y Sudamérica nuevamente fueran una muestra clara de la repetición de eventos registrados a través de la historia, nos preguntaríamos, ¿cuál sería socialmente la postura para adaptarse a las fluctuaciones climáticas sin establecer un aprendizaje para enfrentar eventos ulteriores? La respuesta no es fácil, sin embargo, tampoco hay evidencias claras de cómo la memoria social puede o debe ser determinante para enfrentar los efectos del cambio climático.